bia procedido del mismo modo en otras cuestiones. Al hablar de Alemania, el Embajador francés dió á entender que el gabinete de las Tullerias estaba muy disgustado por la reserva con que se habia procedido en la cuestion dinamarquesa.

«El Conde Rochberg esperaba seguramente el testo del tratado, pero el Duque de Grammont manifestó que no podia darle mas detalles, toda vez que no estaba aquel suficientemente autorizado aun, ni podia ser válido por faltar el consentimiento del Papa y del Parlamento italiano. Aprovechándose de la réplica del diplomático francés, el Conde Rochberg manifestó inmediatamente, que en aquel caso, y puesto que no se habia hecho público aun el tratado, debiendo considerarse por lo tanto como un preliminar, no creia necesario contestar nada por el pronto. Añadió asi mismo, que en asunto tan delicado, no debia esperar otra solucion por entonces el Duque de Grammont, y recordó de paso cuales eran las opiniones del soberano y de los representantes de Austria, respecto á la cuestion italiana.»

El *Memorial Diplomático* publicó los siguientes detalles para dar á conocer como rebibió el Papa la notificacion del tratado franco-italiano.

«Acabamos de saber que el Embajador de Francia ha obtenido una audiencia de Pio IX, de cuyos pormenores dá cuenta en un despacho fechado en 24 de Setiembre y recibido en Paris el miércoles último. Parece que el Sumo Pontifice se halla animado de las mejores disposiciones, y ha encargado especialmente al Conde de Sartiges que manifieste al Emperador de los franceses cuanto es su agradecimiento por la proteccion que se digna dispensar á la Iglesia. Cierto es que el Santo Padre ha creido conveniente recordar que ha sido víctima de una usurpacion, así como tambien que es un deber sagrado proteger los intereses espirituales y temporales, pero añadió que tenia una confianza ilimitada en las seguridades y protestas de Francia, y en los ofrecimientos que hacia para conseguir el debido cumplimiento de las promesas del Piamonte. El Papa parece estár muy satisfecho de que se haya fijado el término de dos años, para facilitar la realizacion del tratado del 15 de Setiembre, y ha dicho que con el auxilio del Todopoderoso, que nunca abandona la Iglesia, espera poder conciliar

los grandes intereses que le han sido confiados, con el respeto debido á Francia.»

Una comunicacion de Roma, insertada en *La Patria*, decia lo siguiente:

«Antes de anoche convocó Pio IX en el Vaticano á los miembros del Sacro Colegio, para deliberar acerca de la conducta que deberia trazarse el Gobierno romano en las actuales circunstancias. Esta reunion fué debida á la comunicacion oficial que el Conde de Sartiges dirigió al Cardenal Secretario de Estado, dándole cuenta del convenio celebrado últimamente.

«Discutidos todos los puntos, muchos Cardenales se declararon en contra del convenio, manifestando que la inmediata retirada de las tropas de Roma debia considerarse con un beneficio para su Santidad, y que por lo tanto debia contestarse al embajador francés que el Padre Santo tenia confianza en las demás potencias católicas, y contaba con el auxilio del Todopoderoso. Los debates se animaron mucho entonces, y ya iba á triunfar esta proposicion, cuando los Cardenales Antonelli y Sacconi hablaron en contra; la gran influencia y esquisito tacto de estos dos miembros, así como tambien sus acertadas observaciones, prevalecieron entre sus compañeros, y siguiendo su consejo, se acordó, que seria lo mas conveniente aplazar toda resolucion hasta ver que giro tomaban los acontecimientos, siguiendo así el sistema de contemporizar, adoptado siempre por la corte romana. Las noticias de la marcha del ejército francés dentro de cierto tiempo, han causado mucha alegría entre los oficiales cosmopolitanos del ejército del Papa, pues como debe aumentarse el número de fuerzas, todos esperan ascender.»

Poco despues, el Comité nacional de Roma espidió el siguiente manifiesto dirigido al pueblo:

«¡Romanos!

Francia ha resuelto al fin retirar sus tropas de Roma dentro de dos años; el principio de no intervencion ha vencido; las legítimas aspiraciones del pueblo han puesto fin á esa inmovilidad que impedia se resolviese la cuestion romana, y el gobierno del Rey no se ha com-

prometido por ninguna condicion que nos prive del derecho de anexionarnos al reino de Italia.

«¡Romanos! de vosotros depende vuestro porvenir; en adelante podreis ejercer ese derecho que se llama sufragio universal, que no debe rehusarse en ningun pueblo, pero no olvideis que es preciso luchar aun contra la tiranía clerical, la mas odiosa de las tiranias, y mas difícil de destruir. Tenemos el doble deber de devolver Roma á los romanos y dar á la Iglesia esa libertad que necesita, mas para conseguirlo, es necesario que seamos fuertes, que haya entre nosotros moderacion y nos mantengamos unidos; la Europa entera tiene sus miradas fijas sobre nosotros, y estad seguros que todo el partido reaccionario, que ha establecido su cuartel general en la Roma de los Papas, caerá sobre nosotros con todas sus fuerzas. Respetaremos al Obispo de Roma, hasta tanto que nos veamos libres del mas odioso de los gobiernos, de cuyos actos podemos juzgar por la matanza que ha hecho en el pueblo, los raptos de niños, la proteccion concedida á los asesinos, y por los muchos infelices que gimen en la prision ó en el destierro. Seamos fuertes, porque los esbirros de todos los paises, hormiguearan bien pronto al rededor de la bandera pontificia; no debemos tener sino una sola voluntad y un brazo para destruir el último refugio de la reaccion, esa amenaza constante para nuestro pais y la Europa civilizada; se nos ha confiado la gran mision de conservar la Iglesia para el Papa, devolver á Roma sus ciudadanos y trabajar para la regeneracion de Italia; podeis estar seguros que sabremos cumplir con nuestro deber.

«Roma 21 de Setiembre de 1864.»

Para que se conozcan todas las opiniones acerca del famoso tratado franco-italiano, es preciso que digamos algunas palabras sobre los pareceres emitidos por Garibaldi y Mazzini. El antiguo Dictador fué invitado á pasar á Turin, mas no quiso salir de Caprera, donde vivia entonces tranquilamente con sus hijos, su yerno y un nieto; la pequeña isla habia llegado á ser muy productiva, y por lo que hace al Rey, creíase que consideraba á Garibaldi como el mas leal de sus súbditos.

El *Solitario* de Caprera no estaba en favor del tratado, pero tenia curiosidad por saber cuales serian las consecuencias. Hé aqui como se espresaba el general al hablar sobre el asunto: «Todo lo que ese hombre (Napoleon III) haga ó diga, es un verdadero enigma que puede producir impresiones muy diferentes, de tal modo que mientras los unos salten de alegría, otros llorarán de pena; los crédulos tienen una ilimitada confianza, y los escépticos que reprueban el tratado temen el sistema pesimista; por un lado, todo serán sonrisas y dulces ilusiones, y por otro, tristeza y lamentos.

«Ya se ha hecho bastante en favor del Papa, del austríaco y del diablo, y era tiempo de deshacerse de esa gente; luego estrañará el pueblo que Italia haya podido tolerar con tanta paciencia á todos esos vulgares gobernantes.»

Al hablar de Turin daba á conocer sus simpatias espresándose en los siguientes términos.

«El pueblo de Turin se muestra en esta cuestion tan egoista como las demas ciudades, mas no debe olvidarse que ha prestado grandes servicios á nuestra causa, y no ha merecido de ningun modo el tratamiento que recibió del último ministerio.»

En una carta que escribió Garibaldi por entonces á un amigo suyo, decia estas palabras: «Se piden dos años para la evacuacion! Debíamos haber echado á Bonaparte de Italia en dos dias.»

Mazzini dió á conocer sus opiniones en el *Diritti*; despues de elogiar á Turin con notable elocuencia, el famoso triunviro continuaba de este modo:

«La traslacion de la capital es el sello del tratado: los italianos podrán engañarse tanto como gusten, pero no pueden negar el hecho de que obedecen á un amo estrangero, que casi en tono de burla, ha venido á decirnos: *yo entré en Roma contra la voluntad del pueblo, pasando por encima de los cadáveres de los que trataban de defenderla, y permanecí en la ciudad por el derecho de mi espada, sin mas objeto que el de impedir que llegaseis á ser una nacion unida. ¿Quereis que me vaya? pues bien; ocupad mi puesto y me marcharé con la condicion de que obreis como yo.* En otros términos: se exige al gobierno italiano que no entre en Roma, y que haga uso de sus

armas para impedir que nadie penetre en la ciudad en nombre de Italia. Con ese tratado se auxilia al Papa para organizar un ejército de mercenarios, que deberán reprimir con mano fuerte á los que se levanten en nombre de Italia, y por lo tanto sostengo que esto es una deshonra para la nacion. ¿Y es posible que haya ciudadanos que aplaudan la medida, y censuren á los que protestan contra ella? Demasiado bien sé lo que contestais muchos de vosotros con la misma humildad que si fuerais esclavos: *pasemos ahora por todo, pues al fin y al cabo no se trata sino de un cambio, y si los soldados del imperio abandonan á Roma, no faltarán oportunidades para violar nuestras promesas.* Semejante contestacion, debia bastar para que se agitasen en sus tumbas los manes de vuestros antepasados, y es suficiente para llenar de amargura el corazon de un hombre, que por espacio de 35 años ha soñado en la Italia grande, virtuosa y modelo de todas las naciones.

«¿Estais tan degenerados por la esclavitud ó el materialismo, que no se os alcance, hasta qué punto se abusa de vosotros? ¡Locos y cobardes! Esas intrigas, esa política tortuosa, será ahora, como siempre lo fué, la ruina de Italia; ella os deshonra, os corroe y os mata, y olvidais ¡ay de mi! que las grandes naciones se rigen por principios proclamados abiertamente.»

Cualesquiera que fuese la influencia de las opiniones de Garibaldi y Mazzini, ningun documento produjo tan profunda sensacion en el pueblo de Italia, como una carta en estilo irónico, dirigida á un periódico por un antiguo ex-ministro, y de la cual estractamos algunos párrafos.

«No debia haber cláusulas secretas en el tratado, ni promesas verbales, pues lo convenido se cumplirá por la fuerza del tiempo y las humanas pasiones. El Piamonte se ha perjudicado en su honra, en sus intereses y en sus tradiciones seculares, y la generacion presente no puede olvidar todo cuanto ha perdido, sin contar que en esa provincia reinará siempre la intranquilidad y que sus diputados y senadores descontentos, crearán con su oposicion nuevas dificultades al gobierno. El Piamonte llegará á ser una Polonia, y Hungria otra Irlanda, y al cabo de cierto tiempo mas ó menos largo, los partidarios de la política tranquila reconocerán, que no siendo posible pacificar al Piamonte, ni resarcirle de

sus pérdidas, será mas cómodo deshacerse de ese pueblo turbulento, poniéndole bajo el dominio de Francia. A mi me parece estar oyendo decir al ministerio Peruzzi, que basta descartar al Piamonte de Italia para obtener la paz y la homogeneidad, pero debe tenerse presente que no siempre es suficiente amputar un miembro para que se salve el cuerpo.

. . . . . .

El mayor beneficio para Italia, seria la abolicion del ejército y proclamar su neutralidad para siempre, como lo ha hecho Suiza, pues entonces, los trescientos mil hombres arrebatados á sus familias para empuñar las armas, podrian convertirse en escelentes cultivadores, con lo cual mejoraria de una manera notable el estado de la Hacienda. Todos los gabinetes moderados aplaudirian entonces la impotencia de los agitadores, que amenazaban turbar la tranquilidad de Europa. No seria esta la única ventaja: al ver el Austria que ya no teníamos ejército, se apresuraria á desmantelar el cuadrilátero, cediéndonos luego generosamente á Venecia y el resto de las llanuras de Lombardia, conservando para sí las cimas de las montañas y las entradas de los valles, y esto sin mas que una ligera retribucion, que consistiria en encargarse del pago de algunos millones de la deuda austríaca. En una palabra, cuando se viese que Italia habia renunciado á figurar en Europa, llegaríamos á estar en un verdadero *El Dorado;* los toscanos caerian en un éxtasis delicioso; tendríamos aquí todos los goces de los sibaritas, y esto se convertiria en una nueva Cápua. ¡Qué bueno seria todo esto! pero, ¿es posible que no se realice semejante sueño? Decididamente que no, pues el partido de accion no ha muerto, y cobrando nuevos brios en Florencia, podrá conseguir lo que no alcanzó Turin. Un amigo mio me dijo el otro dia que la casa de Saboya era un viejo roble, todavía robusto, pero que no le quedaba sino una rama que podria desarrollarse cultivándola convenientemente y que esta rama era el Piamonte. Prescindiendo de las antiguas provincias, todas las demas tienen mas ó menos simpatías por sus dinastias respectivas y sus gobiernos, y hay muchas que odian á Víctor Manuel, considerándole como un usurpador. La generacion jóven y las asociaciones liberales, le miran como una necesidad del momento, pero están lejos de creer que la monarquía séa el mejor de

los gobiernos; bastará que se suscite una sola dificultad, que deje de satisfacerse un solo deseo, para que se trate de popularizar la idea de que un rey es demasiado costoso y debe suprimirse por economía. Podria estenderme en otras muchas consideraciones, mas debo limitarme á decir aquí, que puesto que Florencia no ha de ser capital para siempre, sino solo por cierto tiempo, bien sea por diez, quince ó veinte años, las ventajas que ahora obtenga serán luego su ruina. No dando una garantía de que la corte permanecerá perpétuamente en Florencia, todos los habitantes debian oponerse á la traslacion en beneficio de sus intereses.

«Vincenzo Ricci.

«Génova 30 de Setiembre de 1864.»

En vista de las dificultades que empezaban á surgir por todas partes, espidióse un decreto convocando al Parlamento italiano, y al mismo tiempo dirigió el ministerio al Rey un informe, fechado el 19 de Setiembre, cuyo contenido era el siguiente:

«Cuando nos encargamos del Gobierno, era tal el estado de la cuestion romana, que habria sido completamente inútil comenzar en el acto nuevas negociaciones, y por lo tanto, se esperó una oportunidad que no dejó de aprovecharse tan pronto como se creyó favorable la situaciou general de los negocios públicos en Europa. Despues de las deliberaciones del Parlamento, por las cuales debia guiarse el Gobierno, la cuestion romana no debia resolverse sino por los medios morales, y para conseguir que se observase el principio de no intervencion, era necesario proceder de acuerdo con Francia.

«El soberano de esta potencia, ha deseado siempre retirar sus tropas de Roma, no solo por que esto seria conforme con los principios y derechos públicos sobre los cuales está basada la politica del imperio, sino tambien porque la regeneracion de Italia seria una de las principales glorias del reinado de Napoleon III, pero segun vemos, este consideró que no era conveniente adoptar semejante medida, porque abandonaba al poder que habia protegido por espacio de 15 años.

«Para asegurar la tranquilidad del Sumo Pontifice, el Gobierno italiano no podia hacer otra cosa sino comprometerse á no atacar á los Estados de la Iglesia, impidiendo lo que intentasen contra ellos las bandas irregulares procedentes de las fronteras del reino, y esta promesa, hecha y guardada lealmente, no es contraria á los derechos ó aspiraciones de la nacion, sino que confirma nuestro aserto de que es necesario emplear solo las fuerzas morales para conseguir el triunfo de las ideas dominantes en el pais. La cuestion romana no hizo olvidar al Gobierno la de Venecia: dueña el Austria de la reina del Adriático, podia ser una amenaza contínua, y por esto ha pensado siempre el Rey en organizar un sistema de defensa, á cuyo efecto debia adoptarse como primera medida la traslacion del Gobierno á una localidad mas favorablemente situada que Turin. Por consideraciones militares, se ha elegido á Florencia, y aunque esta disposicion es puramente local, está relacionada tambien en cierto modo con el tratado franco-italiano, cuya conclusion facilitó, porque Francia consideraba como una garantía, que Italia renunciase á las medidas violentas contra el Papa.»

En este informe de los sacrificios hechos por Turin, reconociendo sus méritos y servicios, se acababa diciendo, que era de esperar que dicha ciudad siguiese el ejemplo de su Rey, el cual se habia consagrado enteramente al bienestar de Italia.

El *Salut public* dió á luz por entónces el siguiente artículo referente á la situacion financiera de los Estados de la Iglesia:

«La deuda pontificia asciende en números redondos á 407.134,144 francos, de los cuales, 230.967,061 fr. forman lo que se llama la deuda redimible, comprendiendo los empréstitos en el estrangero, y 176.167,082 fr. figuran para la deuda flotante, incluso el consolidado. Segun el cálculo del *Salut public*, basado en la poblacion de las provincias anexionadas, la parte de la deuda de que se haria cargo Italia, con arreglo al tratado, seria de 315.925,044 fr. de capital, con 24.030,523 fr. de intereses, quedando para el tesoro pontificio las sumas de 91.209,100 y 6.952,020 fr. respectivamente. En otros términos, el Gobierno italiano se compromete á pagar las siete novenas partes de la deuda pontificia.»